VALENTINE

por Alexander Demarest

Pre: *Su cuerpo parecía haber abandonado la vida, peros sus inmóviles ojos conservaban un brillo indescriptible, una mirada fija que siguió presente, taladrándolos, cuando fueron cerrados sus párpados.*

Odio visitar los cementerios el Día de Todos los Santos. El espectáculo de las ofrendas florales multitudinarias, rito mediante el cual los que están arriba tratan de aplacar el terror que les inspiran quienes ya están abajo, me parece una abyección a duras penas disfrazada de sentimentalismo. Cuando veo esas ancianas rigurosamente enlutadas moverse entre las tumbas floridas, como diligentes abejas de la muerte, desearía no llegar a morir nunca para no sentir el renqueante sadismo de sus pasos sobre la hierba que, indefectiblemente, me cubrirá. Compadezco a los espíritus sensibles; desde sus pútridas mazmorras subterráneas, sentirán el peso de esas vidas miserables sobres sus cráneos como la más horrible de las maldiciones. La paz de los muertos no debería violarse jamás.

Pero ya no creo, después de la atroz experiencia que he vivido, en esa supuesta paz de los muertos. O, mejor dicho, en la paz de algunos supuestos cadáveres, si es que por este término entendemos a los cuerpos cuya descomposición nos induce a creer que están «absolutamente» privados de sensibilidad. Una oscura intuición, que mi mente se esfuerza en vano por no considerar una evidencia, me dice que el imperio de la muerte no es a veces tan completo como desearían algunos desdichados.

Ineludibles obligaciones de amistad me forzaron a acudir al cementerio del Pére Lachàise en la fecha anteriormente señalada. Un antiguo camarada, viudo desde hacía varios meses, me rogó que le acompañase a visitar la tumba de su esposa, joven de veinte años que se había ido marchitando sin que los médicos lograsen atajar los síntomas de su extraña anemia. Y digo extraña, porque pese a que Valentine no había perdido nunca el apetito, y pese a la tenacidad con que se aferraba a la vida, su cuerpo había ido enflaqueciendo día tras día, hasta quedar reducido a piel y huesos, y sus mejillas, en otro tiempo frutalmente luminosas y sonrosadas, acabaron adquiriendo la repulsiva y amoratada palidez de los cadáveres. Era, en verdad, lamentable contemplar la fogosidad casi hiriente de sus ojos oscuros, cuyo perenne brillo permaneció aún después de la muerte, resaltando como lúcidos tizones en un rostro tan demacrado que los pómulos parecían desgarrar la delgada capa cerúlea que los envolvía.

La enfermedad de Valentine se afianzaba tan lenta como inmisericordemente, y comenzó a alterar su agitado psiquismo de forma tal que, pese a la enorme cantidad de sedantes que se veía obligada a ingerir, no lograba conciliar el sueño. Durante las frecuentes visitas que, en los últimos tiempos, hacía al desdichado matrimonio, quedé fascinado por una circunstancia insólita. Era que sus ojos, siempre magníficos, parecían haberse agrandado en la constante contemplación de una idea cuya naturaleza terrorífica intuíamos mi amigo Gustave y yo, sin que ninguno de los dos nos atreviéramos a hacerle preguntas sobre ella. Aunque mostraba un dominio absoluto de su persona, aparentaba una calma interior que estaba muy lejos de sentir, a juzgar por la sobrehumana fijeza de aquellos ojos aterrorizados. Cuando todavía podía caminar lo hacía como un fantasma, dando incluso la impresión de casi flotar en el aire, a tanto se había reducido la consistencia de su cuerpo. Era penoso ver sus manos esqueléticas, la nerviosa celeridad de sus gestos, los frecuentes y convulsos escalofríos de que era víctima. Un frío mortal sellaba mis labios cada vez que, por cortesía, besaba sus mejillas. Poco antes de que se viera obligada a guardar cama murieron, inexplicablemente, las numerosas plantas de la casa. Una densa y maligna atmósfera comenzó a flotar en ella. El día en que Valentine no pudo abandonar su lecho, Bubú, el hasta entonces fiel y cariñoso caniche, se mostró extraordinariamente agitado y arisco, llegando a morder a Gustave en la mano cuando éste trató de hacerle una caricia. Sin que pudiera averiguarse la causa, al animal estaba aterrorizado. Tanto, que en cuanto vio la puerta abierta echó a correr hacia la calle para no regresar nunca.

El hecho había ocurrido por la mañana. Por la tarde, a la hora en que tenía por costumbre visitarles, Gustave me comentó lo ocurrido como la gota que había colmado el vaso de su difícil serenidad. Se echó a llorar en mi hombro, como un niño, compungido no tanto por la desaparición del animal y la muerte súbita de las plantas como por la intuición de que el fin de Valentine estaba próximo. Traté de serenarle y le insté a que se secara las lágrimas para que su mujer no le viera en tal estado. Cuando al fin logró dar a su rostro una apariencia casi normal entramos en el dormitorio de la moribunda.

Valentine, en efecto, parecía a duras penas un hilo de vida. Paradójicamente, sobre la mesilla de noche reposaba una bandeja con los restos de una copiosa comida que la joven acababa de devorar, pues tal era lo que Valentine, en su afán por aferrarse a la vida, hacía con los alimentos. Pese a lo cual, creí encontrarme con una vívida representación de la muerte. Su belfo, medio caído, dejaba asomar una dentadura

amarillenta, cuyos colmillos me parecieron particularmente afilados. Confieso que me estremecí al comparar la Valentine que yacía medio recostada en la almohada con aquella muchacha vivaracha y alegre de apenas unos meses antes. La secreta obsesión que acompañaba a su mal se había traducido en una especie de indolencia hacia el cuidado de su persona, pues no de otro modo podría explicarse, en un espíritu de tanta sensibilidad como el suyo, el hecho de que mostrase unas uñas retorcidas y sucias. La habitación cerrada, en la que Gustave había encendido momentos antes de mi llegada unos palillos de sándalo, despedía sin embargo un olor muy característico, acre, dulzón, hiriente, que me recordó, con toda exactitud, el de la tierra removida de alguna tumba reciente, salvo que se expandía con mayor sutilidad. Gustave se dio cuenta de la desagradable impresión de mi olfato, y me miró consternado.

Valentine era una delgada mancha blanca, más blanca que las sábanas en que se envolvía. Descubrimos su mirada absorta en el techo cuando abrimos la puerta, pero inmediatamente la clavó en mis ojos y sentí mi alma traspasada por los suyos. Ojos inquisidores, remotamente malignos. Con la rapidez de un relámpago, parecieron iluminar todo el cieno que había en mi corazón. Ojos cómplices, sabedores de una verdad ominosa que, como un cáncer se había apoderado de su alma... Estas y otras imágenes turbadoras me vinieron a la mente, sacudida por la extraordinaria viveza de aquella mirada cuyo poder de fascinación parecía aumentar a medida que el cuerpo de Valentine enflaquecía y — lo hubiera jurado, a juzgar por el hedor que despedía— se estaba corrompiendo en vida.

No me atreví, como otras veces a besarle las mejillas. Ni siquiera me sentí con fuerzas para estrecharle la mano. Le dije, eso sí, que la encontraba con mejor aspecto, aunque de sobra sabíamos todos la inutilidad de esa mentira, y quise saber cómo se sentía. Arrastró las sílabas para contestar, jadeando:

— Ni viva ni muerta... Pero tengo los ojos muy abiertos. Mi mente sabe...

No pudo, o no quiso, terminar la frase. Cerró los ojos y a través de sus párpados adelgazados que me parecieron, por su color y textura, como papel de fumar, adiviné la palpitación de su mirada en la dura fijeza de la córnea, y supe que, con los ojos cerrados o abiertos, continuaba Valentine sumida en la contemplación de un angustioso paisaje.

Gustave trató de romper el trance de su esposa con alguna palabra cariñosa. Yo sabía que Valentine estaba despierta, sabía que había dejado de dormir desde hacía, cuanto menos, dos meses, y sabía que la terrible agitación que semejante estado de vigilia continuada proporciona estaba removiendo sus entrañas, aunque su férrea voluntad no permitiera dejarlo traslucir. Pero Valentine no respondió a los amables requerimientos de su marido. Le oímos una especie de gruñido o estertor, como un horrible grito apagado, y su cuerpo fue sacudido por un prolongado estremecimiento que presagiaba el próximo fin. Gustave se cogió a mi brazo, temblando, sin valor para acercarse al cuerpo agonizante. La bombilla eléctrica que pendía del techo se debilitó en aquellos momentos hasta convertirse en un pequeño foco de luz parpadeante. Sentí que la atmósfera se había condensado como si hubiera entrado en el dormitorio una presencia malsana, invisible, y el humo dejó de salir de los dos palillos de incienso, súbitamente apagados. El acre olor se hizo entonces nauseabundo. Los huesudos dedos de Valentine se aferraron a las sábanas con insólita fuerza, como garras, mientras su garganta se desgarraba con la dureza de un grito inhumano, terrible. El espectáculo era tan espeluznante que de buena gana hubiera echado a correr. Pero la amistad me imponía el deber de compartir el horror de Gustave, cuya mano oprimía mi brazo hasta producirme dolor.

Ser fiel a la verdad me obliga a no omitir detalle alguno. En un momento, Valentine abrió nuevamente sus ojos terribles, devorados por la fiebre y la insania, e hizo con todo su cuerpo un gesto significativo, contrayéndose hasta lo inverosímil con la tensión de un arco a punto de ser disparado. He visto la agonía de muchos seres humanos, y puedo asegurar que ninguna de ellas se parecía a la de Valentine. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, casi literalmente despedían fuego. Y nos miraba con tal mezcla de horror y triunfo como espero no volver a ver nunca nada semejante. El aire vibraba como removido por un oscuro oleaje. Sentíamos en el pecho el movimiento ondulatorio de una fuerza cuyo origen no podíamos percibir. Supuse que provenía de la enorme tensión nerviosa de la agonizante, desproporcionada para un cuerpo débil y consumido, pero estuve tentado de sospechar la existencia de algo más en la cargada y pútrida atmósfera de aquel cuarto.

Luego ocurrió algo que mi pluma se resiste a reflejar. Tendré que hacerlo sin embargo, pues no de otro modo se explicaría (si cupiera explicación razonable) lo que habría de suceder cuando Gustave y yo visitamos el cementerio el Día de Todos los Santos. Que el lector pusilánime me perdone, pero siento el ineludible deber de relatar todo el horror de que fui testigo.

Valentine, como digo, se contrajo hasta extremos inverosímiles, y una espuma blanca, lechosa, purulenta, comenzó a discurrir por las comisuras de sus labios. Me niego a describir el hedor insufrible que tal líquido producía. Y entonces la boca de la moribunda se abrió hasta mostrarnos su lengua cárdena, horadada aquí y allá por huecos diminutos en algunos de los cuales creí distinguir pequeños puntos blancuzcos, hormigueantes. Semejante visión nos dejó paralizados, pero duró sólo un instante. Acto seguido, en medio de agudísimas convulsiones, el cuerpo de Valentine vomitó... Ahorraré a quien esto leyere una imagen detallada de la horrorosa naturaleza de aquel oscuro caldo que, como un lago abominable, cubrió el pecho y las sábanas. Sólo diré que era un magma sólido en algunos de sus puntos, hediondo hasta la locura, en el que multitud de vermes tenían como base su execrable existencia... De todo punto inconcebible parecía que semejantes humores pudieran haber encontrado albergue en un ser vivo.

Creo que fue entonces cuando, al parecer, Valentine dejó de existir. Me afirmo en esta creencia como en el último asidero que me impide aceptar lo inaceptable. El cuerpo de Valentine parecía haber perdido la vida.

Pero sus ojos ¡Gran Dios! Sus inmóviles ojos conservaban un brillo indescriptible.

Jamás dudé de la entereza ni de la hombría de Gustave quien, sin embargo, cayó al suelo desmayado. A duras penas, por mi parte, pude resistirme a un vértigo creciente. Tuve que hacer un esfuerzo increíble hasta lograr apartar mis ojos de aquel horror. Y aún cuando volví la cabeza sentí sobre mi nuca la fuerza de una mirada insufriblemente lúcida, afilada como un cuchillo. Agradezco a alguna deidad piadosa el que, pese a todo, lograra reunir fuerzas suficientes para arrastrar el cuerpo inconsciente de mi compañero hasta la habitación contigua. Esparcí agua sobre su rostro, froté sus sienes con mis dedos húmedos, y al cabo de unos minutos interminables conseguí devolverle al estado vigil. Sufrió una crisis histérica, llorando y pataleando como un demente. Dejé que de esa forma aliviara la fuerza de aquel inasimilable horror, y al fin logramos ambos serenarnos lo bastante; asumir la espantosa realidad. No quiero recordar cómo conseguimos reunir la necesaria presencia de ánimo para limpiar las inmundicias de aquel «cadáver» y proceder a las ceremonias del enterramiento y quisiera olvidar la espantosa fijeza de aquellos ojos, cuyo brillo desmesurado inducía a negar las evidencias de la muerte.

Una apatía absoluta invadió el ánimo de Gustave desde el momento mismo en que el cuerpo de Valentine recibió sepultura. Se pasaba las horas sentado junto a una ventana que daba poniente, inmóvil, ensimismado, dejando que su vista vagara sin objeto por los árboles del Bosque de Bolonia. Abandonó casi completamente sus ocupaciones habituales, y estoy seguro de que se hubiera dejado morir si no me hubiese ocupado yo de sus necesidades más perentorias. Al cabo de varias semanas dio la impresión de haber envejecido un lustro. Con la llegada del otoño, sus sienes comenzaron a poblarse de canas, y una radical indiferencia por todo lo existente comenzó a invadir su corazón. Temí que semejante melancolía acabara con su, de ordinario, quebradiza salud. Enflaqueció y una idea fija ocupó la atención de su mente: «sabía», según me dijo, que Valentine de alguna oscura forma aún estaba viva.

—Temo acercarme a su tumba —añadió—. Temo que la voluntad de vivir de Valentine sea más fuerte que todo. Y sin embargo, «sé» que debo ir, «sé» que me está esperando.

En vano traté de inducirle imágenes menos tenebrosas. Le presenté nuevos amigos, a duras penas logré que accediera a asistir a alguna fiesta. No cambió por ello su actitud, sino que la misantropía que le dominaba llegó al grado de hacerle, en ocasiones, indeseable mi propia compañía. Ello fue la causa de que mis visitas se fueran distanciando cada vez más. La última de ellas ocurrió a finales de octubre. Me sorprendió encontrarle bastante mejorado de su decaimiento, o esa fue, al menos, la primera impresión que de él recibí. La casa, que desde la desaparición de Valentine había ofrecido un aspecto lamentable, estaba ordenada y limpia por primera vez en varias semanas, y el propio Gustave era la imagen misma de la pulcritud. Nada más vernos me abrazó con una cordialidad casi alegre y me hizo partícipe de su proyecto: abandonar París e iniciar una nueva vida en su pueblecito de Normandía, donde sin duda hallaría la paz suficiente para mitigar el recuerdo de tan terribles acontecimientos.

—Debo estar lejos de ella —me dijo a media voz, como si me hiciera partícipe de un secreto terrible—. Cuanto más lejos mejor... Por las noches me domina. Me grita que sigue viva, que siente el insufrible peso de la tierra sobre su cabeza. Entonces me despierto sobresaltado y creo percibir todavía el hedor que dejó con su último vómito. Creo que la muerte se apoderó de su cuerpo cuando todavía estaba con nosotros. Pero su mente seguía despierta, sigue despierta y contempla cómo se van pudriendo sus entrañas, poco a poco, en el silencio, en la soledad, en la negrura infinita... Te juro que daría mi vida si con ello pudiera liberarla de su espantoso estado. Pero nada puedo hacer. Sólo despedirme de ella para siempre en su tumba. No permitas que me acerque solo. Es el último favor que te pido. Luego me iré y no volveré nunca a París.

Comprendí, por lo que me decía, que no había superado realmente sus obsesiones. Pero entendí también que no estaba dispuesto a dejarse dominar por ellas. Al borde mismo de los abismos de la locura había logrado, sin embargo, reaccionar y hacía esfuerzos desesperados para no perder la razón. De ahí el relativo cuidado que en los últimos días había prestado a su persona y a su vivienda. De ahí ese gran deseo de huir de la ciudad. Creo que el pobre Gustave no podía hacer otra cosa, así que alenté su deseo y, por supuesto, acepté acompañarle en su fúnebre despedida.

La congestión del tráfico nos impidió llegar al cementerio del Pére Lachàise antes del atardecer. Gustave, en contra de lo que yo había esperado, se mantenía un tanto apagado, sí, pero con una serenidad encomiable. Hablamos de cosas indiferentes mientras nos acercábamos a la tumba de Valentine, y no percibí en su rostro el menor signo de inquietud. Estaba pálido, sin embargo, y parecía completamente ajeno a cuanto le rodeaba. A nuestro lado, algunas personas depositaban flores o rezaban junto a las tumbas de sus seres queridos, pero la mayoría de los visitantes ya había regresado a sus hogares, habida cuenta de lo avanzado de la tarde.

Dejamos atrás una zona de columbarios para llegar a una pequeña plaza cubierta de tumbas entre las que se hallaba la de Valentine, todavía desprovista de lápida. En cuanto apareció a nuestros ojos, Gustave detuvo su paso. La plaza estaba desierta y por tanto nadie, sino yo, pudo contemplar las señales de su repentina agitación. Pálido, convulso, con el terror escrito en la mirada, detuvo su paso bruscamente, como si continuarlo pudiera poner en peligro su vida, y señaló hacia el rectángulo de tierra con una mano temblorosa:

—¡Su mano!

Miré hacia el sitio donde me indicaba, pero no pude advertir nada anormal. Evidentemente, Gustave comenzaba a desvariar, y de nada sirvieron mis requerimientos para que volviera a entrar en razón, sino que

cada vez más agitado volvía a señalar hacia una mano imaginaria que, en su locura, creía ver sobresaliendo del negro limo de la tumba:

—¿No lo ves? Me dice que vaya. ¡Su mano! ¡Esa mano espantosa!

Me acerqué a la tumba para convencerle de que era víctima de una alucinación. El sol acababa de ocultarse tras de las tapias y el siniestro recinto comenzó a poblarse rápidamente de sombras. A medida que me acercaba sentía cada vez más en mi pecho la misma fuerza ondulante y opresiva que me había turbado durante la horrible agonía de Valentine. No vi mano alguna emergiendo de la tierra, pero al poner mis pies sobre la tumba mis rodillas temblaron, sacudidas por un helado hormigueo, y el destello de una espantosa clarividencia me hizo saltar hacia atrás. Las plantas de mis pies habían sentido, con toda nitidez, una ominosa vibración. Y entonces escuché a mis espaldas al angustiado de Gustave:

—¡Insensato! ¡Estás pisando su mano!

Con la rapidez de un relámpago volví a saltar y miré rápidamente hacia el suelo. Tal vez sugestionado por el horror de Gustave, también yo fui víctima de una alucinación. Una figura, fosforescente, que la putrefacción hacía espantosa hasta la locura, parecía aferrarse a mis tobillos con la insana resolución de la venganza, y sus ojos, los ojos de Valentine, escupían en los míos, con las llamaradas de fuego helado, todo el horror acumulado en su espantoso encierro.

Sólo la muerte podrá borrar de mi alma la infame herida de este recuerdo. Cuando llegue mi hora espero que Dios se apiade de mí y me cierre definitivamente los ojos. Pero me espanta imaginar, y nada puedo hacer por evitarlo, que tal cosa no llegue nunca a suceder. Por eso he decidido que, cuando los demás consideren que estoy muerto, incineren inmediatamente mi cadáver.